

Escritores latinoamericanos en España, hoy

Joaquín Marco

¿Debemos entender la publicación de un escritor latinoamericano en España casi como una mítica, determinado proceso de selección, algo parecido a un canon, que se supone que significa el escalón necesario para la difusión de una obra en Europa? Así sucedió, en efecto, a fines de la década de los años sesenta y comienzos de los setenta, que ya, sin remedio, se califica de *boom*. Pero en aquel caso, centrado en la editorial Seix-Barral, propiciado por Carlos Barral y reducido al ámbito de la novela, el fenómeno resultó bastante más complejo, como se ha venido advirtiendo. El *boom* supuso la introducción en España de autores escasamente reconocidos, pero valores ya consolidados en sus países: por ejemplo Jorge Luis Borges. La coincidencia de algunos novelistas en un momento dado con propósitos parecidos significó, a la vez, la difusión de otros que no eran accesibles en un mercado editorial determinado, además, por los efectos de la censura. Pero aquella España de finales de los sesenta que iniciaba su despegue económico no puede equipararse a la de hoy. Tuve la fortuna de asistir a todo ello, si no como protagonista, sí como privilegiado espectador activo. Entre 1961 y 1962 entré a formar parte del comité de lectura que habitualmente se reunía en la editorial Seix-Barral, donde se comentaban los libros seleccionados en las diversas lenguas y, como el propio Carlos Barral narró en sus memorias, él y los elegidos, ya en su domicilio particular, trazaban una política que se quebró poco después de morir Víctor Seix en la Feria del Libro de Frankfurt, en plena juventud, atropellado por un tranvía. Fueron los años del despegue hispanoamericano. Poco después coincidirían en Barcelona durante unos años Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, José Donoso, Jorge Edwards y un largo etcétera. Pero me mantuve siempre cerca del editor y amigo mientras ejerció intentando alcanzar el

proyecto de modernizar la literatura en español en una España que atravesaba toda suerte de dificultades políticas y culturales. No fue la suya la única editorial que se lanzó al rescate de autores hispanoamericanos, pero sí la más significativa. Y, mientras tanto, inicié la crítica de los libros que se publicaron en España y que se han venido reuniendo en algunos libros.

La situación del mundo editorial español respecto al del pasado ha sufrido profundos cambios, y está en trance de operarse en el instrumento mismo de transmisión, el libro, un cambio aún más trascendental. La concentración de editoriales que conforman amplios grupos mediáticos ha alterado el mercado. La búsqueda de libros de venta inmediata (los *best-sellers*) desplaza los fondos que antes resultaban fundamentales. La permanencia de los libros en las librerías no sobrepasa los quince o treinta días a menos que el tirón de ventas sea muy considerable. Por otra parte, las fórmulas de impresión permiten hacer tiradas reducidas y a bajo coste, con lo que se disminuyen los problemas de almacenaje. El libro ha acentuado su naturaleza de mercancía. Estos grandes grupos mediáticos en los que se integran periódicos y cadenas de televisión conviven, desde hace pocos años, con editoriales de menor tamaño y prestigio reconocido (Anagrama, Tusquets, entre otras), de tipo medio, y otras más reducidas no exentas de interés, pero con canales de distribución mediocres y escasa proyección en los medios. Todo ello ha venido a alterar la presencia de la literatura latinoamericana en una España que tampoco resulta ya el único camino para la difusión internacional de la literatura en español, aunque mantenga el prestigio de serlo. Porque buena parte de los grandes grupos disponen de sellos autóctonos en los países de América y prueban autores jóvenes, mantienen premios nacionales y observan su evolución antes de lanzarlos al problemático peninsular.

Sin embargo, los valores de generaciones precedentes se han mantenido sólidos en el mercado. Por ejemplo, la editorial Galaxia/Gutenberg y Círculo de Lectores, que inició su andadura editando la muy extensa obra completa de Ramón Gómez de la Serna, se ha consolidado como una fórmula en la que se han integrado los clásicos modernos hispanoamericanos, desde Rubén Darío a Octavio Paz, desde Juan Carlos Onetti, pasando por Julio Cortázar, hasta Mario Vargas Llosa o Pablo Neruda. Son libros de bella factura que nutren bibliotecas y coleccionistas. Y que, pese a su enunciado y alto precio, en contadas ocasiones responden al resultado de “completas”. Por otro lado, los autores que gozan de mayor prestigio, los del *boom* han seguido publicando en editoriales diversas bajo la divisa de agencias o agentes que buscan las máximas tiradas de sus obras. Mario Vargas Llosa, por ejemplo, ha dado en 2008 *El viaje a la ficción. El mundo de Juan Carlos Onetti* a la editorial Alfaguara, editora que ha reunido también casi todos sus libros en nuevas ediciones, una vez más, definitivas. El libro póstumo de Guillermo Cabrera Infante, *La ninfa inconstante*, fue editado por Galaxia Gutenberg/ Círculo de

Lectores. Ambos sellos y otras de sus filiales reúnen los libros teóricamente de mayor venta previsible. Los Premios Alfaguara, nacidos en 1998, permiten advertir el renacimiento de la literatura latinoamericana, tras un cierto declive en el que malévolamente se situaba la decadencia de las figuras del *boom*. Cabe apuntar que la convivencia entre la literatura española y la latinoamericana se desarrolla en armonía, sin los desacuerdos de anteriores ocasiones, tras la implosión de aquel *boom* que pareció relegar a los escritores españoles a un segundo plano en su país y todo ello fue objeto de breve y estéril polémica. Sólo hace falta repasar los nombres de los galardonados con el Premio Alfaguara: Eliseo Alberto y Sergio Ramírez en 1998; Elena Poniatowska en 2001; Tomás Eloy Martínez en 2002; Xavier Velasco en 2003; Laura Restrepo en 2004; Graciela Montes y Ema Wolf en 2005; Santiago Rocagliolo en 2006; Antonio Orlando Rodríguez en 2008 y Andrés Neuman en 2009. Tan sólo tres novelistas españoles en estos años han resultado vencedores: Manuel Vicent, Elena Sánchez y Luis Leante, lo que permite considerar decisivo el peso de la narrativa latinoamericana en uno de los más significativos premios que alcanzan difusión en el continente americano y se expanden en traducciones múltiples. La novela de Ángeles Mastretta *Mujeres de ojos grandes*, según reza la faja en su último libro, *Maridos* (2007), había vendido ya un millón de ejemplares o dos, según otras versiones, editada por Seix-Barral, que hoy forma parte del grupo Planeta, en el que siguen apareciendo autores latinoamericanos. Sin embargo, se reproduce en parte el anterior esquema. Algunos de los autores se difunden no al mismo tiempo, sino tras haber alcanzado ya notoriedad en su país, por ejemplo, las obras de Tomás Eloy Martínez: *La novela de Perón* se publica en la Argentina en 1985 y en España en 2003; *Santa Evita*, en 1995 y 2002, respectivamente. Algo semejante sucederá en otros géneros literarios.

En el ámbito de Anagrama, además de autores de mayor difusión en sus países de origen, como la introducción en España de Ricardo Piglia, sin llegar a los techos de los autores del *boom* u otros; convendría destacar el “fenómeno Roberto Bolaño”, autor que ha logrado convertirse en ícono de la “reciente literatura hispanoamericana” incluso en los Estados Unidos. El hecho de que la última parte de la existencia de Bolaño transcurriera en la villa de Blanes, en Cataluña, y su temprana y dramática muerte, el establecimiento de lazos de fraternidad con algunos escritores gerundenses y barceloneses, le convirtieron, sin motivo, en un aparente escritor marginal y heterodoxo. Sus éxitos, no todos póstumos, han contribuido a dotar de prestigio a escritores de nuevas promociones, entre los que destacan Juan Villoro o el propio Neuman. Tampoco pueden echarse en saco roto las relaciones que se establecen entre escritores de diversas nacionalidades y los españoles. A título de ejemplo, señalemos las de Sergio Pitol y Enrique Vila Matas o las de Nuria Amat y Ángeles Mastretta. No faltan nombres de escritores latinoamericanos en el

catálogo de Tusquets Editores, como Horacio Castellanos Moya o Luis Sepúlveda, que fijó su residencia en Gijón y, desde su primera novela, inicialmente desapercibida y publicada posteriormente en Tusquets, pasó a convertirse en uno de los autores más apreciados, vendidos y de referencia. Tampoco cabe olvidar las permanencias en España de autores como Donoso, Benedetti, Galeano u otros, que forjaron un entorno de prestigio. Editoriales de ámbito más reducido, como Editorial Periférica, han contribuido a difundir la obra de Fogwill en los últimos años, *Help a él* (2007) o *Un guión para Artkino* (2009).

El mundo de la poesía se rige por parecidos parámetros. Colecciones como Visor (la más activa en los últimos años), Tusquets, La Cruz del Sur (Editorial Pre-Textos), Hiperion, entre otras varias, han sustituido a la histórica Ocnos que fundé y dirigí en los años setenta. Tusquets ha editado en el 2009 *20 años de poesía*, en el que reúne textos de los autores más destacados de su restrictiva colección: citemos a Juan Gustavo Cabo Borda, Enrique Molina, Virgilio Piñera, Ida Vitale, Vladimir Herrera, Arnaldo Calveyra, Daniel Samoilovich. Conviene anotar que no se distinguen aquí las nacionalidades de los poetas que utilizan la misma lengua. Se han publicado, a destiempo o no, las *Poesías completas* de Macedonio Fernández (2008), Oliverio Girondo, César Vallejo, Piedad Bonnett, Mario Benedetti (fiel a Visor) o Darío Jaramillo Agudelo. Resulta difícil estar al corriente de lo que sucede en la zona visible editada en España de la poesía hispanoamericana que nutre catálogos diversos. No así con algunos galardonados, poetas o prosistas, con el Premio Cervantes, como Jorge Luis Borges, Álvaro Mutis o Juan Gelman, que alternan con los españoles el Premio Reina Sofía de Poesía o el Príncipe de Asturias (entre los oficiales) u otros privados de menos relumbrón político-social, aunque confieran cierta notoriedad. Como el ensayo, divulgado entre minorías, la poesía hispanoamericana se halla presente ya sea en antologías subvencionadas de carácter nacional o en forma de muestras juveniles, fruto de buenas intenciones. Funciona, además, la Internacional poética a su modo, como casi siempre. La antología de José Miguel Oviedo, *La poesía del siglo xx en Perú* (La Estafeta del Viento, Visor, 2008), ha sido subvencionada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana, pero la *Poesía completa* de José Watanabe, con un prólogo de Darío Jaramillo Agudelo (2008), lo ha sido por cuenta de la editorial Pre-Textos. El ensayo, dejando a un lado los clásicos modernos, se difunde, como los relatos breves u otros géneros o subgéneros, ocasionalmente, aunque incida y alguna editorial, como Anagrama, se vuelque de forma especial en ello.

La difusión de la literatura latinoamericana en España constituye hoy una parte esencial del mercado editorial en cualquiera de sus aspectos. Posiblemente hayan pasado ya aquellos años en los que primaban las enciclopedias, fascículos y series de libros exportados, desde España, a los diversos países latinoamericanos. Pasaron también los tiempos de la entrada con

cuentagotas de libros de literatura hispanoamericana. Es más sencillo imprimirlos en aquellos lugares en los que se cree que puedan tener éxito. De ahí, las ediciones plurinacionales. Las nuevas formas de transmisión afectarán sin lugar a dudas la intercomunicación de textos. La actual crisis económica ha reducido ya las ediciones, aunque ello afecta cualquier tipo de libro. Pero el interés lector por la literatura de cualquier país hispanoamericano es comparable al interés por la de España. La dificultad reside en la ausencia personal de los autores hispanoamericanos no publicados todavía en España en los medios, sus intervenciones o el papel que cobrarían de estar aquí. También las facilidades de comunicaciones favorecen intercambios de modo que una entidad global hispánica en sus diversas entonaciones sería, aunque utópica a corto plazo, posible a medio. ¿Retornaremos a una literatura de la Colonia sin Colonia, a los siglos XVI y XVII? ¿Sería deseable? Pero el mundo cultural de hoy no se corresponde con el del pasado siglo. Carecemos de revistas de incidencia como *Revista de Occidente*, *Sur* o la más cercana *Plural*. La intercomunicación personal no se traduce, salvo en ocasiones, en literaria. Pero la creación resulta inseparable de la vida humana, pese a las transformaciones que puedan operar los medios de transmisión.